Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langenfeld

Hoja 288 – 21.12.2025

El Evangelio según la comunidad de San Mateo

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto.

Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: "José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados."

Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el Profeta: "Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros"."

Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer. Mateo 1,18-24

Expertos en herir

Me impresiona cuando Jesús aparece en el evangelio un tanto desmoralizado, al constatar que hay gente que, hagas lo que hagas, le saca punta (si a Juan le atacan porque ayuna, al propio Jesús porque come y bebe). La cuestión es juzgar, y atacar. Jesús terminaba diciendo que la sabiduría se ve en las obras y no tanto en las palabras…

Me sentí tocado, quizás porque, por algunas alusiones y provocaciones recientes andaba yo más herido (nunca aprendo). En la homilía de la eucaristía de la noche traté de traducir a hoy en día esa mirada… y me salía esto. (Por si sirve)

Creo que las palabras de Jesús al criticar a quienes nunca están contentos se podrían traducir con cierto sentido del humor, pero también con cierto realismo. Y son una advertencia contra los quejicas integrales, contra los provocadores natos, contra los pelmas que nunca suman pero siempre están con objeciones y sospechas. Contra quienes siempre ponen peros. Contra quienes constantemente exigen, pero nunca se regalan.

Son quienes, si pueden ver el vaso medio lleno o medio vacío, lo ven medio vacío (se consideran voz que grita en el desierto, pero en realidad son gente que da la tabarra). No es su voz el eco de la buena noticia de Jesús, ni hay amor en sus palabras, sino ganas de incordiar. Siempre tienen un pero. Siempre otra réplica, hasta el infinito. Ahora, como se te ocurra protestar, el problema lo tienes tú, que eres un soberbio, que no aceptas las críticas, o que tienes la piel muy fina.

Están los pasivos agresivos, que tras una supuesta dulzura en las formas, aparentes sutilezas y buenos modos, vienen llenos de desprecio a exigir que todos tenemos que ser creyentes de una única forma. La misericordia la consideran buenismo. La solidaridad, convertirnos en una ONG, la pluralidad, relativismo. Los inmigrantes, en su casa. Los curas, los buenos son los que predican a

mi gusto, los que formulan a mi gusto, los que se visten a mi gusto. El papa, si me gusta, intocable. Si no, un hereje.

También están los creyentes líquidos, que cargan sin piedad contra quien intenta defender que hay límites necesarios. Si hablas de valores –y ya no te digo de valores absolutos–, te acusan de fundamentalista, de talibán o de intransigente. Si hablas de fe, te miran como diciendo que no eres inclusivo. Si rezas de una manera determinada, o te gustan las celebraciones con determinada estética, ritmo, etc, eres –según lo que ellos consideren válido– un frívolo, o un rancio o un carca (que para todo hay). Y yo me pregunto, ¿no nos podemos dejar vivir en paz y tratar de comprender en otros modos, otras formas y otros caminos el esfuerzo por construir el Reino de Dios de distintas maneras?

¿De qué se trata entonces?

De dejar que la sabiduría se acredite por las obras.

¿Cuáles? El amor concreto y aterrizado. El respeto al otro. La misericordia.

La búsqueda de Dios que nos ayuda a encontrarnos entre nosotros y a reconocernos hermanos y hermanas en nuestra diferencia.

Las palabras que no buscan enredar, sino ayudar.

La escucha del evangelio que nos transforma el corazón de piedra en corazón de carne.

Y en todo caso, la defensa, siempre, de los pobres de Yahveh, los más pequeños.

por José María Rodríguez Olaizola, sj

Relaciones humanas

El mirar de Dios es amar

Dios habita en la realidad. Contemplar nuestra vida desde la fe cristiana nos permite ensanchar el corazón, estar atentos y abrir bien los sentidos para poder detenernos en los detalles y ver más allá de lo aparente: percibir el buen olor de Cristo presente en todas las cosas (2Cor 2,15), auscultar los latidos de su Santo Espíritu que late en las encrucijadas más recónditas de nuestra existencia, mirar cómo su luz penetra e ilumina todas nuestras oscuridades y escuchar su voz silenciosa que resuena en toda la tierra para no quedarnos en una lectura reduccionista, catastrófica, pesimista y desoladora de la realidad.

La fe cristiana no es ingenua, ni espiritualista, ni indolente; sino encarnada; por lo tanto, como lo diría Terencio, "nada de lo humano nos es indiferente". Así también lo afirma la Iglesia en su Constitución Pastoral Gaudium et Spes "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo".

En medio de este tiempo de Adviento y un contexto de tantos desafíos, crispación, conflictos, guerra y polarización, es quizá más urgente que nunca ponernos los lentes de la fe para saber leer, con nitidez y esperanza, la letra pequeña y la entrelínea de la acción del Padre y no dejarnos llevar por el ruido de la maldad, pues el ruido no hace bien y el bien no hace ruido; por lo tanto, habría que hacer silencio, no sólo para escuchar, sino también para saber mirar; pues como diría san Juan de la Cruz "el mirar de Dios es amar" (CB 32,3). Dios sigue creándonos y recreándonos y tal vez siga afirmando lleno de asombro lo que dijo al finalizar la creación: "vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien" (Gn 1,31). Genaro Ávila-Valencia, sj